



MIGUEL CASTILLO-DIDIER, *La independencia de Grecia 1821-2021*, Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos, 2021, 365 págs. ISBN: 978-956-404-425-5

En 2021 acaba de cumplirse el bicentenario de la Revolución de la Independencia de Grecia, iniciada a principios de 1821 cuando este pueblo, devastado por siglos de dominación del Imperio Otomano y hostilidades de algunas potencias europeas, luchó denodadamente hasta lograr ser reconocido como estado-nación. Esta Revolución tuvo origen en el alzamiento de los Principados del Danubio y, un mes más tarde, en la insurrección del Peloponeso. No fue solo un hecho aislado, sino que abrió la senda para el reconocimiento de otros estado-naciones en los siglos XIX y XX. Entiendo que el volumen que comentamos es la primera obra de conjunto que se publica en español sobre la citada Revolución; su autor, el profesor Miguel Castillo-Didier.

Castillo-Didier es un estudioso vastamente conocido dentro del campo del helenismo del que, a través de su cátedra y numerosas traducciones, cultiva el griego moderno; en esa dimensión del saber es, desde hace años, Director del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros”, dependiente de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Como traductor volcó al español a grandes poetas griegos tales como Constantino Kavafis (cf. *Kavafis íntegro*, 2003), Yorgos Seferis (cf. *Seferis íntegro*, 2014) o Nikos Kazantzakis. Es también el compilador y traductor de la poesía neohelénica recogida en el volumen *Un milenio de poesía griega del siglo X al XX* (Santiago de Chile 2004). Sobre esos temas, pertenece a su pluma una muy documentada *Vida de Kavafis* (Santiago de Chile 2014) y, entre otros trabajos de valía, su reciente traducción y comentario de las *Cartas al joven Kavafis. Las cartas de John* (Santiago de Chile 2020).

La independencia de Grecia 1821-2021 es una muy detallada descripción de los acontecimientos previos a la Revolución y luego de ese acontecimiento, donde se evoca la pretensión de las grandes potencias europeas, coaligadas en lo que se dio en llamar la Santa Alianza, tendente a impedir cualquier movimiento revolucionario. Pese a esos propósitos el pueblo helénico, tras una lucha encarnizada que culminó en la referida Revolución, logró constituirse como estado-nación. Para esa “patriada” Grecia contaba con el heroísmo de su pueblo, con el auxilio de hombres que marcharon a la Hélade en pro de su libertad, así por ejemplo Lord Byron, que perdió la vida en Mesolonyi en 1824 y, fundamentalmente, por la insoslayable pertenencia a una comunidad lingüística –la lengua griega– que le da fundamento, sentido y cohesión (se es griego si uno habla su lengua y comparte su idea de libertad, como refiere J. de Romilly (cf. *Pourquoi la Grèce?*, Paris 1992). Pero el trabajo del profesor Castillo-Didier no se detiene solo en la Revolución de 1821, sino que, tras referir hechos sangrientos como el asesinato del prócer Kapodistrias, primer Gobernante en 1827 en la Asamblea Nacional de Trecena, trascendiendo esa circunstancia luctuosa, da

cuenta también de la anarquía de los primeros años de ese estado hasta consolidarse como nación independiente.

La obra consta de cinco secciones: las tres primeras dedicadas a los precursores – Eugenio Vúlgaris, Adamandios Koraís, Rigas Velestinlís–, la cuarta específicamente a la Revolución y la última a la insoslayable figura de Ioanis Kapodistrias, así como al fin de la Revolución.

Sobre Vúlgaris el autor destaca lo curioso de la fecha de su nacimiento, acaecido el día en que los otomanos levantaron el sitio de la isla de Kérkira (Corfú), por lo que fue bautizado con el simbólico nombre Eleuterio, en referencia a la voz *elefthería* ‘libertad’; años más tarde, ordenado hierodiácono, lo mudó por el –también simbólico– de Eugenio. Es este uno de los más destacados representantes de la Ilustración griega, en tal sentido ponemos énfasis en su *Lógica* (1766), concluida en su etapa de Leipzig; en dicha obra atiende a los filósofos occidentales posteriores al Renacimiento, en especial a Voltaire (a quien tradujo), introduciendo así la filosofía y ciencia francesas en el espíritu de la Grecia moderna, con lo que abría camino a la Ilustración; en tal sentido, de inapreciable valor su desempeño en la dirección de la Academia Othoniana. Más tarde, por invitación de Catalina, marcha a Rusia esperando que la gran nación ortodoxa pudiera ayudar a la liberación de Grecia; allí condena abiertamente la esclavitud que, sostiene, afecta a la humanidad toda. Pese a los triunfos de Catalina en la guerra ruso-turca, Grecia no alcanzó la añorada libertad. Quizá sea por esa causa por lo que en tierra zarista se advierte en su pensamiento un paulatino retroceso desde una posición progresista a una conservadora.

Para esos años desarrolla vasta labor política según se advierte en muchas de sus publicaciones, así, en un folleto con su firma editado en forma bilingüe (griego – francés) titulado *Reflexiones sobre el estado crítico actual de la Potencia Otomana*. En él, insistiendo en el ansia de libertad del pueblo griego, aboga en favor de la creación de un Principado griego independiente en el Peloponeso, para lo cual sugiere «la necesidad de aprovechar la decadencia del Imperio Otomano para lograr la liberación de los pueblos cristianos, que gimen bajo el yugo turco» (pág. 59). Es llamativo el hecho de que un ejemplar de este folleto fue hallado en la Biblioteca de Francisco de Miranda, el «precursor, héroe y mártir de la Independencia Hispanoamericana» (asunto sobre el que el profesor Castillo había trabajado en el importante volumen que dedicó a este patriota). En cuanto a la relación Miranda-Vúlgaris, este habría sido «el único interlocutor griego del único hijo de América que visitó la Grecia oprimida por el Imperio Otomano y de haber sido el primer griego en criticar las atrocidades cometidas por los españoles contra las poblaciones indígenas» (pág. 73). Esta circunstancia pone de manifiesto la interconexión ideológica entre la independencia de antiguos virreinos hispanicos y el proceso revolucionario en favor de Grecia.

En 1797 los franceses desembarcan en Kérkira, proclamando el fin del gobierno véneto; aun cuando eso no significó la liberación de Grecia, en 1800 se constituyó la República Jónica, primer pequeño estado griego autónomo sobre el que Vúlgaris en su traducción de la *Arqueología de Kérkira* consignó: «A la recientemente establecida, jubilosa y afortunada, Politokratía heptanésica Jónica...», donde apunta la voz *politokratía* ‘gobierno de ciudadanos’, término sobre el que el griego moderno calcó la palabra *demokratía* (pág. 79).

Vúlgaris, que halló la muerte en 1806, se impone como un adalid de la libertad y, a la vez, propulsor de la educación como medio eficaz de despertar conciencias para

alcanzar la liberación del yugo otomano. Coexistían en este patriota su fe ortodoxa junto a un pensamiento liberal por lo que es considerado el último representante del humanismo religioso. Sobre este precursor de la Revolución de 1821 Castillo Didier subraya la esperanza de su pueblo en «recuperar su primera libertad y su celo inalterable por la religión cristiana» (pág. 111).

En cuanto a Adamandios Koráis menciona que, radicado en Francia, tras abandonar una promisorio herencia comercial y una exitosa carrera de medicina, se volcó a la filología, ligando su estudio al desenvolvimiento de la lengua griega; en ese orden es altamente significativo que en ese período haya vertido al griego la *Proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano*. En París le tocó vivir los convulsivos años de la Revolución Francesa, el Imperio, la Restauración Borbónica y los inicios del reinado de Luis Felipe de Orleans. En la capital francesa, donde residió durante más de 40 años, alentó las acciones prerrevolucionarias de Grecia y su posterior Independencia fortaleciéndolos mediante las ideas ilustradas que sustentaba; en tal sentido aspiraba ser considerado el “Voltaire griego”. Había iniciado su labor filológica traduciendo *Los caracteres* de Teofrasto, para entregarse luego a los volúmenes de la *Biblioteca Helénica* donde expuso su ideario sobre la liberación de su tierra. Fue un adalid de ideas liberales que, al estallar la Revolución griega, prestó su total apoyo a los patriotas.

En lo que refiere a Rigas Velestinlís, un ilustrado revolucionario que aunó todos sus esfuerzos en pro de la liberación de su patria, había nacido en 1757 y le tocó morir en 1798, tras largo martirio perpetrado por los turcos que entonces dominaban su tierra. Autor de encendidas composiciones patrióticas, así, por ejemplo, *Thurios*, una suerte de himno de guerra, entonces muy difundido en los países balcánicos, donde proclama: «Más vale una hora sola de vida en la libertad, / que cuarenta años de prisión y esclavitud». Si bien su vocación política se enraíza «en quienes crearon el concepto de democracia» (pág. 139), esta se acrecentó con las ideas libertarias y progresistas propugnadas por la Revolución Francesa. Rigas traduce al griego el *Viaje del joven Anacarsis* del abate Barthélemy, que acababa de aparecer en París, en una de cuyas notas reitera la urgente necesidad de libertar a su pueblo. Se traslada a Rumania debido al asilo que este país prestaba a griegos ilustrados y, de ahí, a Bucarest donde reside entre 1787 y 1792 desempeñándose como *gramatikós* de importantes familias filohelénicas para luego trasladarse a Viena tras los pasos del Barón de Langenfeld, aristócrata griego de Hungría. En la ciudad imperial, donde traduce el *Esprit des Lois* de Montesquieu, se sumó a la gesta de sus compatriotas contra los otomanos.

De retorno, en Bucarest, prosigue sus estudios sobre la Ilustración francesa en la que advierte los ideales humanistas y liberales sustentados por los antiguos griegos. De ese período es su *Mapa de Grecia*, de alto valor pedagógico; reedita el *Viaje del joven Anacarsis a Grecia*, que había aparecido en París, como hemos señalado, así como otras obras de valía. Ante el avance de Napoleón al este de Europa –a través de contactos diplomáticos– le escribe interesándolo para que Francia apoyara la liberación de Grecia, con el establecimiento de «un estado independiente, democrático, multinacional y pluralista» (pág. 165), a la vez que prepara un plan revolucionario. Descubierta esta por la policía secreta del régimen absolutista de Austria empeñado en reprimir cualquier germen republicano y democrático –ya que los austriacos habían establecido cierto grado de reciprocidad con el Imperio Otomano– (cf. págs. 166-169), le tocó padecer persecución y martirio. De ese modo, delatada la cons-

piración Rigas y otros siete mártires, tras 40 días de torturas, fueron estrangulados arrojándose sus cadáveres al Danubio con el propósito de borrar todo vestigio de los revolucionarios, no sin antes dejar circular la versión de que habían intentado fugarse. Sobreviven su recuerdo y su lema: «quien piensa libremente, piensa bien». Sobre el contenido de su ideario político Castillo Didier escribe: «republicano, democrático, avanzado en su concepción de un estado plurinacional, en el que se garantiza la absoluta libertad religiosa; en el que hay igualdad absoluta de los todos los ciudadanos al margen de su origen nacional; en el que la educación para mujeres y hombres es deber fundamental del Estado» (pág. 177).

Entre otros acontecimientos considerados en este volumen, especial interés revisten la referencia a la Asamblea de Epidauró (pág. 229), el Tratado de Londres (págs. 258 y 304), el filohelenismo nacido de modernos viajeros por la Hélade, así los casos de Martin Crusius (pág. 262), el de grandes figuras alemanas –Herder, Goethe, Winckelmann o Hölderlin– o los británicos Shelley y Byron, comprometidos en la recuperación del espíritu helénico. También la mención de mártires griegas, entre ellas, Bubulina y su barco Agamenón (pág. 268) o la especial referencia de la Batalla de Petra en la que el pueblo helénico, tras alcanzar la victoria, logró la firma del Tratado de Adrianópolis (pág. 306) por el que el imperio otomano reconocía la independencia de Grecia.

El volumen dedica especial atención –casi 50 páginas (págs. 273-319)– a la figura mayúscula de Ioanis Kapodistrias, nacido en Kérkira en 1776. Hombre de formación liberal, proveniente de una aristocrática familia del Heptaneso quien, tras sus etapas suiza y rusa, retorna a su tierra donde desarrolla una importante labor política. Este patriota, tras renunciar a su título de conde, se entregó a la labor de formar un Estado, reconstruyendo una patria devastada por siglos de esclavitud bajo dominación otomana, por contiendas independentistas, amén de guerras civiles. Su firmeza y entrega totalmente desinteresada en lo personal –Kapodistrias es símbolo supremo de genuino patriotismo– dieron inicio a la última fase de la Revolución la «que terminará con el reconocimiento de un Estado griego independiente» (págs. 274-275). El volumen relata luego su trágica muerte. Este héroe, pese a advertencias anónimas que le alertaban que sería ultimado, no dejó de concurrir a la misa que se celebraría en la Iglesia de san Espiridón, tal como tenía planeado. En efecto, en la escalinata del templo fue brutalmente emboscado, lo que, en el terreno de las coincidencias, el lector no puede dejar de evocar el asesinato de Julio César, a manos de los conjurados en el recinto del antiguo Senado romano. Sobre ese hecho siniestro Castillo-Didier, con objetividad, señala las diferentes versiones que circularon sobre su magnicidio (véanse principalmente págs. 313-314).

La que comentamos es una obra de madurez, claramente estructurada, con sólida documentación probatoria de los sucesos narrados, en la que la información bibliográfica y los diversos índices facilitan la tarea de estudiar cómo se gestó y concretó la Revolución griega de 1821.

Hugo Francisco BAUZÁ
Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires